

Pensar caníbal

Del mismo autor

Génesis y transformaciones del Estado nación en Colombia. Una mirada topológica a los estudios sociales desde la filosofía política (en colaboración con Carolina Galindo), Bogotá, 2009

Los límites de la estética de la representación (editor), Bogotá, 2006

Racionalidad y discurso mítico (editor), Bogotá, 2003

Cultura política y perdón (editor), Bogotá, 2002

Formations mythiques de savoir (Les archives de l'ambiguïté I), París, 2000

Archéologie du savoir cannibale (Les archives de l'ambiguïté II), París, 2000

Adolfo Chaparro Amaya

Pensar caníbal

Una perspectiva amerindia de la guerra, lo sagrado y la colonialidad



conocimiento

Primera edición, 2013

© Katz Editores

Benjamín Matienzo 1831, 10º D

1426-Buenos Aires

Calle del Barco 40, 3º D

28004-Madrid

www.katzeditores.com

© Adolfo Chaparro Amaya, 2013

ISBN Argentina: 978-987-1566-84-6

ISBN España: 978-84-15917-01-4

I. Ensayo Antropológico. I. Título.

CDD 306

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.

08786 Capellades

Depósito legal: M-30582-2013

Índice

- 7 Prólogo
- 11 I. JUZGAR, EXPLICAR, COMPRENDER: TRES MANERAS
DE ABORDAR EL CANIBALISMO
- 18 1. El argumento de la dignidad
- 25 2. El argumento de las proteínas
- 30 3. El argumento de la estructura simbólica
- 44 Coda
- 47 II. ENTRE ICONOGRAFÍA E HISTORIOGRAFÍA. UNA REVISIÓN
DEL ESTADO DEL ARTE SOBRE EL CANIBALISMO PREHISPÁNICO
- 52 1. El complejo mochica o la historia pintada
- 69 2. El imperio maya o la historia cifrada
- 78 3. De Tulato a San Agustín. La mudez elocuente de los “ídolos”
- 91 Coda
- 97 III. TANATOANTROPOGÉNESIS DEL PENSAR CANÍBAL
- 99 1. El problema del método
- 109 2. Pulsión de muerte/pulsión caníbal
- 120 3. El ser dentro-de-sí-para otro o “del querer-comer a otro”
- 130 4. Vuelta sobre el método
- 137 IV. PENSAR POR FIGURAS
- 139 1. Esbozo de una semiótica mixta en el antiguo calendario azteca
- 149 2. El despliegue de las figuras sobre el plano de inmanencia
- 157 3. El arte de extirpar idolatrías
- 162 4. Entre el monoteísmo y el universalismo de la interpretación
- 171 Coda

175	V. 1607: CANIBALISMO Y FORMACIÓN DE ESTADO EN LOS ANDES COLOMBIANOS
180	1. Mapa posible del canibalismo en la época de la Conquista
189	2. La historia como ritual de poder
196	3. La formación de Estado
205	4. Los márgenes del aparato estatal
211	VI. MODOS DE SUBJETIVACIÓN: TUPINAMBÁ, SHUAR, KUNA
219	1. Tupinambá: un caso de economía general
231	2. Shuar: “otra” naturaleza del alma
241	3. Kuna: el interdicto civilizatorio
252	Coda
255	VII. REGÍMENES DE CANIBALIDAD
259	1. El régimen antropofágico o de guerra ritual
268	2. El régimen mimético o de incorporación
283	3. El régimen icónico o de absorción mediática
285	VIII. EL SER ANIMAL O LA POLÍTICA DEL “BIEN COMER”
288	1. La deconstrucción de la frontera humano/animal
292	2. Tipologías del bien comer
298	3. El perspectivismo antropofágico
301	Coda
307	Epílogo
319	Bibliografía

Prólogo

Además del asombro condescendiente o el desdén inobjetable, es común escuchar objeciones académicas acerca de la inconveniencia de una investigación dedicada al canibalismo. Creo que muchas de esas objeciones pueden ser refutadas como prejuicios, pero entre los americanistas hay un argumento que parece definitivo: en tanto la imagen del indígena caníbal sirvió de pretexto moral para la conquista del territorio americano, cualquier investigación que reafirme esa acusación puede ser utilizada como una justificación de la conquista y como una perpetuación de las razones que han mantenido el estado de colonización y subalternidad en estos países.

Aunque acepto que el argumento es políticamente correcto, no veo cómo derivar de allí la negación del canibalismo como práctica y como pensamiento en diversas culturas prehispánicas. Sobre todo si la negación termina por magnificar el prejuicio del canibalismo como un hecho monstruoso, inexplicable, perdido en lo más remoto de los tiempos. La historia de la cultura está hecha de negaciones parecidas. Basta pensar en el impacto del dionisismo respecto de la idealización de “lo griego”, que fue común hasta el siglo XIX, así como las variaciones del tantrismo en la tradición budista o la afirmación del inconsciente freudiano en el racionalismo neokantiano de comienzos del siglo XX. En nuestro caso, creo que buena parte de las objeciones se nutren de lo que podríamos llamar el carácter doblemente reprimido del canibalismo, en el sentido psicoanalítico y en relación con la abolición penal de que fue objeto desde el comienzo de la Conquista. Esos antecedentes propiciaron una serie de condiciones y coincidencias que impidieron durante mucho tiempo la conformación de un archivo en torno a una definición mínimamente consensuada sobre el objeto de estudio.

La mayoría de los estudios relevantes sobre el tema surgen en los últimos treinta años y solo a partir de la década de 1950 los antropólogos hacen

que las propias comunidades rompan el secreto para hablar de sus tradiciones antropofágicas. Roto el estigma, la antropofagia pasa de ser un objeto de estudio a conformar una perspectiva teórica alternativa en el ámbito latinoamericano, en diálogo y discusión con las teorías del mestizaje, el multiculturalismo y el poscolonialismo. Desde la ingenuidad del filósofo que hace de su objeto justamente lo impensado, este texto supone que el canibalismo es clave en la comprensión de las culturas prehispánicas, tan poco conocidas a pesar de su relativa cercanía histórica. En efecto, son pocos los estudios sobre el acto canibal, mientras proliferan las extrapolaciones literarias y culturalistas que han visto allí un filón especialmente rico para describir las culturas latinoamericanas. Justo para evitar esa metaforización, he decidido enfocar el problema restaurando el valor de ciertas evidencias icónicas, etnográficas e históricas las cuales, en conjunto, empiezan a ser reveladoras de una constelación americana del canibalismo pre y poshispánico, y a las que han arribado estudios dispersos de las más diversas disciplinas: arqueología, antropología, semiótica, mitología, historia, sociología. Con la enumeración simplemente quiero remarcar la importancia de las ciencias humanas en un ejercicio filosófico que, sin perder sus pretensiones universales, puede ocuparse de problemas genuinamente americanos. Como no se trata de un proyecto enciclopédico sino filosófico, en vez de ordenar el material en torno a las culturas o en torno a una secuencia histórica, he tratado de resaltar algunos componentes de lo que a partir de ahora propongo como *pensar canibal*. El resultado, a mi juicio, es un tipo de discurso que tiene claras exigencias conceptuales y científicas, pero que resulta indefinible desde el canon de una disciplina particular. Una advertencia. La idea de trabajar a partir de autores franceses como Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jean Baudrillard, Jean-François Lyotard o Jacques Derrida a veces crea dificultad con las formas de argumentación, con el estilo de exposición y/o con la formulación misma de los problemas. En general he intentado modular su influencia para ponerla al servicio del problema nuclear, pero entiendo que vencer ese obstáculo llevará todavía algunos años para valorar en su justa dimensión el aporte de los que, por comodidad, son reconocidos como filósofos de la *posmodernidad*. Curiosamente, yo los he utilizado para explorar el canibalismo como expresión privilegiada del pensamiento *premoderno*. Espero que este ensayo sirva para mostrar la posibilidad de aplicar los aportes de todos ellos a problemas claves de nuestras sociedades. En todo caso, me disculpo de antemano por la imposibilidad de exponer en detalle conceptos que para algunos pueden tener un aire de rareza, pero confío en que el lector recurra a las fuentes o que pueda deducir su alcance del contexto de la

exposición. Por varias razones, he decidido reducir las imágenes que acompañan el texto. Una de esas razones es la cantidad enorme de imágenes posibles. La otra, es que muchas de esas fotos son accesibles a través de una consulta juiciosa en Internet. Sugiero consultar la Web para seguir en detalle algunos pasajes, especialmente de los capítulos segundo y cuarto. Finalmente quisiera aclarar que si bien varios de los capítulos fueron publicados inicialmente como libro en L'Harmattan (véase: Chaparro, 2000a), la investigación no se detuvo, y la traducción del francés al español se convirtió en un ejercicio de reescritura enriquecida con nuevos desarrollos y nuevos capítulos que se plasman en esta versión definitiva.

I

Juzgar, explicar, comprender: tres maneras de abordar el canibalismo¹

Hay numerosas evidencias de antropofagia en la historia de la humanidad, desde la preparación ritual y consumo de la masa cerebral de los difuntos en el Paleolítico² hasta los recientes rituales homoeróticos de un discreto ciudadano alemán,³ pasando por la variedad de formas políticas, guerreras y culturales que adquiere en los distintos continentes, especialmente en Oceanía y en la América precolombina.⁴ A pesar de ello, el canibalismo sigue siendo visto como un estigma horroroso que nos recuerda una época remota del desarrollo de la especie humana, a partir de la cual se delimita tajantemente la frontera entre salvajes y civilizados. Para “nosotros”,⁵ el acto caníbal en sí mismo resulta inaceptable por razones que podemos remitir, sucesivamente, a lo intolerable y a lo impensable de la mayoría de las civilizaciones. El silencio y la condena que pesan sobre el acto caníbal han intensificado la intuición básica que el individuo moderno tiene de la

1 Publicado inicialmente como capítulo en Felipe Castañeda (ed.), *Francisco de Vitoria: selección sobre la templanza*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2007.

2 Para seguir la discusión sobre antropofagia ritual en el Paleolítico medio ver White y Toth (1991).

3 Información relativa a este caso se puede consultar en la página electrónica de *Deutsche Welle*, <www.dw-world.de/spanish/>, con fechas de 13 de diciembre de 2002 y 22 de noviembre de 2003.

4 Además de la bibliografía que acompaña esta investigación, remito especialmente a la investigación de Peggy Reeves Sanday (1987), en la cual se presenta un cuadro etnográfico general del canibalismo. Para una visión histórica de diferentes épocas y culturas en busca de pruebas de antropofagia, véase *El banquete humano* de Luis Pancorbo (2008).

5 La dificultad epistémica para abordar el tema del canibalismo está precedida de la imposibilidad de hablar desde el sujeto caníbal, por lo cual, para ese sujeto hipotético, *nosotros* siempre seremos el otro del discurso que intenta capturar una práctica hasta ahora imposible de describir en primera persona.

marca caníbal como una expresión inequívoca de lo irracional. En ese sentido, el problema para el estudio del canibalismo es que la sinrazón funciona como la caja de Pandora de las ciencias ocultas y los comportamientos insensatos, donde se alojan la antropofagia, el parricidio, el incesto, la crueldad, en fin, los síntomas de lo que cualquier misionero podría tomar como una forma de diabolismo elemental, tan prolífico en España hasta bien entrado el siglo XVIII.

Otra dificultad es que, quizás como en ningún otro acontecimiento, se cumple aquí la advertencia de Gilles Deleuze en su lectura de Michel Foucault, según la cual “lo que se ve nunca coincide con lo que se dice”.⁶ Es posible que ninguno de nosotros haya presenciado el asesinato y la consumición de carne de seres humanos, por lo cual no podríamos describirlos con la certeza vivida de un testimonio directo –antes de cualquier consideración sobre si aceptar ese tipo de asesinato mediado colectivamente como una tradición que deba ser recordada y comparada con costumbres similares en otras culturas–. Sin embargo podemos concebirlos como hechos inteligibles y encontrarles, si se quiere, una cierta racionalidad. Lo importante es que lo indecible no se traduzca inmediatamente en una objeción que lo haga ininteligible, dadas nuestras tradiciones morales, nuestros gustos culinarios o nuestras justificaciones políticas de las guerras vividas antes y después de la Conquista.

Esa es la posición de muchos investigadores que, tratando de contrarrestar el estigma moral que pesa sobre los supuestos caníbales, se esfuerzan en demostrar la imprecisión y la falta de solidez argumentativa de la mayoría de los cronistas y antropólogos que sostienen la evidencia de estas prácticas entre los pueblos prehispánicos.⁷ La idea de que las historias de caníbales simplemente proyectan el imaginario del colonizador. En efecto, a partir del juicio heredado del discurso teológico y humanista, el

6 Sobre esta disyunción entre el ver y el decir, precisa Deleuze, “el problema del conocimiento (o más bien, del «saber») no puede resolverse apelando a una conformidad o a una correspondencia. Ocurre como si el archivo estuviese atravesado por una enorme falla en una de cuyas orillas queda la forma de lo visible, y en la otra la forma de lo enunciable, ambas mutuamente irreductibles” (1995: 157).

7 El ejemplo de William Arens resulta paradigmático a la hora de desmontar los prejuicios subyacentes en los documentos conocidos. El problema es que una petición de principio verificable, como la que él plantea, resulta igualmente ingenua y tendenciosa: “como resultado de la investigación directa, conversaciones con colegas y algo de reflexión, dudo de la existencia efectiva de ese acto [caníbal] como práctica aceptada en cualquier tiempo o lugar” (1981: 21).

enunciado “caníbal” es puesto en primer plano como un estigma dentro de los descriptores binarios que van a caracterizar al salvaje americano: europeos/caníbales, cristianos/idólatras, racionales/irracionales. A propósito, Tzvetan Todorov ha develado la semiótica que se extiende por el conjunto de los textos y las prácticas colonizadoras, para mostrar cómo su objetivo era infantilizar y animalizar el cúmulo de los predicados que se le adjudican a ese “otro” que españoles y europeos terminaron por inventar (1987: 164).

El intento de esta investigación es establecer una perspectiva que incorpore el pre-juicio histórico y moral sobre el canibalismo como parte de su objeto de estudio sin ceder a las reticencias con que los investigadores han abordado el tema, a veces con las mejores intenciones. Hasta ahora, en términos etnológicos, podríamos resumir la discusión entre los partidarios de una explicación materialista y los que consideran el canibalismo como una “ficción” y como una estrategia de estigmatización de los pueblos conquistados. En la primera línea, Marvin Harris (1987) es el exponente más lúcido de este determinismo “abierto” que intenta reconstruir los más diversos nexos causales para explicar el canibalismo. En la segunda, el trabajo de William Arens resulta paradigmático a la hora de desmontar los prejuicios subyacentes a los documentos conocidos sobre canibalismo americano. Una tercera vía, que me propongo defender, considera imposible separar la conclusión científica de la carga del juicio civilizatorio y de la sombra de conciencia moral que lo circunda. Nuestro argumento no apunta a la confrontación minuciosa de los documentos que garanticen por fin la verdad de los hechos, sino a la semiótica de los símbolos y de las fuerzas que convoca el acto caníbal en las culturas prehispánicas y a la pragmática del enunciado “canibalizar” en los más diversos relatos, crónicas, actos administrativos y disposiciones jurídicas a partir del siglo xvi.

En ese contexto, la obra *De la templanza*, de Francisco de Vitoria, expuesta como “relección” académica en 1537, es el primero que en la historia de la filosofía plantea una argumentación moral acerca de la inconveniencia para los humanos de consumir la carne de sus congéneres. El texto participa de la emergencia de un campo enunciativo inédito en el saber teológico –relativo a la condición humana de los indígenas americanos– y en la ciencia jurídica que justifica o no la guerra en la labor civilizatoria de la Conquista. Desde entonces quedó sentada la doctrina según la cual el consumo de carne humana puede ser considerado como un indicio definitivo acerca del carácter salvaje o civilizado de una determinada sociedad. Durante los siguientes siglos esta consideración dogmática, que se hizo indiscutible, estableció una división tajante entre los